

## BELLAS ARTES.

Galería

DE

## Ingenios Contemporáneos

## DON JOSE RIVELLES Y HELIP.

*enim de pictore, sculptore, fictore,  
nisi artifex, judicare:*

Ese dicho del célebre discípulo de nuestro español Quintiliano, puede servir como de disculpa al que escribe estas líneas, si el que las lea encontrare en ellas desacertadas opiniones, y consideraciones poco exactas al juzgar del pintor á cuya memoria se consagran.

Quizá un detenido ecsámen para decidir cual de las bellas artes presenta mas dificultades que vencer, mostraria que la pintura es la mas difícil de todas: y que si en ella sobresale, en cualquiera de sus jéneros, el que la profesa, merece sin duda alguna alabanza, al mismo tiempo que consideracion y respeto, sino logró elevar su nombre á la par del de Murillo ó Velazquez.

La escultura es un arte, digamoslo así, mas natural, y nos muestra siempre algo *mas semejante* el objeto que representa. Se ha dicho ya que si un ciego de nacimiento toma en sus manos una escultura, palpará en ella con sus dedos las diversas impresiones y señales del cincel, y facilmente conocerá por este medio la configuracion del objeto representado. En la arquitectura sucede esto mismo, y si cabe, aun con mas razon. Eso hace que ambas presenten menos dificultades, ó si se quiere, que estas *parezcan* mas superables que las de la pintura. En ella, como que las reglas tienen algo de mas vago é indeterminado, y las me-

TOMO III.

didadas son mas inciertas é inesactas. Y he ahí lo que aumenta la dificultad, á lo menos á los ojos del que no es artista: al paso que da al pintor una razon poderosa para disculparse si no acertare; y un derecho aun mayor á la gloria apetecida, si con sus producciones hubiese de tal manera engañado los ojos y el alma, que por medio de una agradabilísima ilusion, creyesen real y palpable, lo vano y aparente. Pudieran estenderse mas estas consideraciones, si de propósito no se dejaran, pensando que si bien el permanecer largamente en duda, causa dolor, el permanecer por mucho tiempo en la evidencia produce otro dolor de la clase que se llama *fastidio*: y si este breve artículo tuviese otro objeto que el que al principio hemos indicado: el de manifestar un sentimiento por la muerte de uno de nuestros pintores modernos, recordando lijeramente su nombre y circunstancias.

Don José Rivelles y Helip, nació en Valencia del Cid, á 20 de mayo de 1778. Fueron sus padres D. José Rivelles, tambien pintor; y Doña Juana Helip, ambos vecinos de aquella ciudad.

Aprendió el jóven Rivelles los principios del arte, bajo la direccion de su padre, hasta el año de 1799, en que vino á Madrid, y se presentó como uno de los aspirantes á los premios anuales que para los mas sobresalientes preparaba la Academia de San Fernando: de los que obtuvo el segundo de primera clase en el arte de la pintura. Y en verdad que, dando crédito á estas palabras del inmortal Cervantes = *«procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se le lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia.»* = Rivelles en aquella ocasion debió de quedar satisfecho.

Prosiguió cultivando su profesion en la corte, en donde se casó en 1814 con Doña María del Pilar Ulzurrun de Asanza y Peralta, hija de los señores marqueses de Tosos, bien conocidos en Aragon por la antigua nobleza de su casa. En 1818 fué Rivelles creado académico de mérito, por la citada academia de San Fernando, y en el mismo año fué nombrado teniente director de la academia de dibujo, para niñas, sita en la calle de Fon-



carral. En 1819 le condecoró S. M. con los honores de pintor de cámara.

En este nuestro tiempo, en que la alabanza se ha hecho comun y declamatoria, y en el que los honores y los cargos acompañan tal vez á hombres sin mérito y sin honor; no será fuera del caso decir que su laboriosidad y su mérito granjearon á Rivelles ese encargo y honores, pues bien sabido es que no era intrigante ni adulador. Una reseña de todas sus obras, y un juicio del mérito respectivo de cada una de ellas seria quizá necesario para demostrar su mérito, mas seria tambien preciso para hacerle alargar mas estas breves noticias.

Baste decir, que desde los primeros años de nuestro siglo, su valor como dibujante fué generalmente reconocido. Todas las estampas que se hallan en las obras mejores y de mayor gusto, de ese tiempo, están dibujadas por él, y casi todas por él imaginadas. La Academia Española le encargó la invencion y dibujo de las que adornan su edicion última del D. Quijote: y si con ellas Rivelles, como todos los que le habian precedido en la misma empresa, no puso un completo y acabado adorno al libro admirabilísimo del *pobre y sabio* soldado español, fué porque quiso retratarnos al andante aventurero y á su escudero inimitable. Estas dos creaciones de Cervantes, están retratadas con tanta orijinalidad y maestría por él mismo; las conocen tan perfectamente los que se deleitan con la lectura de ese libro, que para Byron era *un placer que superaba á todos los demas placeres conocidos*; (1) que no pueden agradar puestas en estampa ó copia alguna.—Las estampas para *el Quijote*, harian efecto y agradarian cuando en ellas se representase, no á D. Quijote, no á Sancho, no á Maritornes: si no mas bien lo que se *imaginaba ver* el valeroso andante: ya en el palacio de la Infanta que de él se habia de enamorar; ya en el fondo del lago de pez hirviendo; ya en la encantada cueva de Montesinos; &c. &c. Pero Rivelles

no ejecutó este pensamiento, é hizo lo que los demas, al dibujar las estampas para *el Quijote*.

Quien no haya visto sus dibujos mas que en los grabados, no puede, en muchos de ellos, juzgar del gusto y la gracia que su autor les daba, pues que han perdido casi del todo bajo el buril ambas cualidades. Y necesariamente tal debe ser la suerte de todo dibujo que no se haga en la piedra para litografiarse, ó se grabe *al agua fuerte*. El grabado puede hacer, que dibujos ó cuadros que nada valen, adquieran con él un realce y un mérito que no tienen en su orijen, como lo prueban las estampas de los *trunfos de Alejandro*, y aun la bella estampa de Atmeller, *de unas ecsequias romanas*, que gusta mas á algunos que el cuadro original, en donde solo aquel manto encarnado, lo desentona todo. Pero no siempre el grabador, consigue esta feliz y ventajosa primacia y mas dificilmente en cosas pequeñas. Compárese, por ejemplo el retrato de Fr. Bartolomé de las Casas que está al frente de su vida escrita por D. M. Quintana, con el lindísimo dibujo que hizo Rivelles, y que se halla en poder del apreciado escritor que acabamos de nombrar; y se conocerá entonces la diferencia que hay entre un dibujo grabado ya, y su orijinal.

Sobresalió tambien Rivelles con singular gracia en la pintura *á la aguada*, ejecutando en este jénero muchas de *trajes provinciales de España*, y entre las que se distingue una excelente coleccion que pintó para los reyes de Nápoles, por encargo de D. Fernando VII.—Muchos estranjeros le encargaban trabajos de esta clase, y quedaron tan satisfechos, que al regresar á su patria, hablaban de Rivelles y le recomendaban á otros viajeros que venian á visitar nuestro pais.

Con semejantes trabajos habia adquirido nombre dentro y fuera de Madrid; y principiaba ya á darse á conocer ventajosamente como *pintor de historia*; cuando la amable indolencia de su condicion, y el desaliento y olvido en que yacia el arte, despreciada, como siempre es todo lo bueno y lo bello, aun en medio de una aparente proteccion, por los vándalos que aborrecen la libertad; le obligaron á dedicarse á la pintura de escenas y decoraciones teatrales, pintando varias para el teatro

(1) Whether they rode, or walk'd, or studied spanish,  
To read don Quijote in the original,  
A pleasure before which all others vashish.



de los *Caños del peral*, y para el nuevo del *Príncipe*, importunado y animado para proseguir en esta clase de obras, por su amigo Isidoro Maiquez, el actor *inimitable*, según uno de nuestros poetas, (y no de los mas elojadores de esta patria que le dió cómoda y honrada existencia); y el *Roscio español*, según el juicio de los que le alcanzaron.

Lamentábase Goya sobremanera, de que Rivelles se hubiese dedicado á pintar para el teatro, porque descubría en él disposicion y talento suficientes para haber sobresalido en obras de mayor importancia: y el juicio de un pintor, y de un pintor como Goya, manifiesta que algo perdieron nuestras artes, en que así sucediese.

Sin embargo, trabajó Rivelles varios cuadros, como lo prueban, entre otros, dos que pintó para el *miliciano nacional voluntario de Badajoz* en tiempo de la Constitueion, infante D. Sebastian; cuadros que deben estar en el Real Palacio: otro que está en el que llaman *gabinete de descanso* del Museo; otro que ecsiste en una de las salas de la Academia de S. Fernando: una ecselente copia, hoy en los Estados Unidos, de la famosa Venus del Tiziano, que ahora se guarda en san Petersburgo, mejor de lo que se guardó en España: los que se han puesto en la academia de la calle de Alcalá, en la ecsposicion pública del año pasado &c.

Hablando de las obras que ha pintado *al fresco*, aun se podrian citar, sin enumerarlas todas, mas de las que se ha dicho pintó *al óleo*. Podrianse incluir en este número, varios techos y una estufa de la Real posesion de Vista-alegre: otros en el Real Palacio de Madrid, y otros que se omiten por la brevedad. Los *frescos* de Rivelles se distinguen particularmente por la buena práctica con que están ejecutados, por el gusto en los adornos, y por la gracia y ligereza que hay en ellos.

Mostró Rivelles gusto y conocimientos de Arquitectura, no vulgares, en el catafalco que se puso en San Isidro el Real, para las honras que la grandeza de España hizo á Doña Isabel de Braganza; y en todas las obras que el Ayuntamiento de Madrid le encargó con motivo de varios festejos públicos.

Modesto, sencillo, amable siempre, no tuvo esa envidia miserable, ese aborrecido y vigilante jesuitismo, que parece debia estar muy lejos de los que profesan las bellas artes; mañas tan feas que convierten á un artista, según la enfática ecspression del autor que al principio citamos, en ser *omnium bipedum nequissí mus*.

Murió Rivelles el 16 de marzo de 1835, y su familia y sus amigos sintieron grandemente su pérdida.

L. DE U. Y R.



## Poesía Persa.

Al publicar la fábula siguiente nos hemos propuesto como objeto principal dar una esacta muestra del estilo poético oriental, que en muchas traducciones suele esprofeso desfigurarse por no herir las preocupaciones europeas. Invitamos pues á nuestros lectores á que no se fijen tanto en la moral ó en la accion, cuanto en la espresion de ella.





## La Rata y el Labrador.

*Traducción inédita*

DE HOJAIN VAEZ, POETA PERSA.

Cuando las riquezas se presentan al hombre es necesario que las ponga desde luego al abrigo del robo, y acorte constantemente la mano del ladrón ó del ratero, para que no puedan llegar hasta ellas. «El oro tiene muchos amigos, y «el que lo posee muchos enemigos. No se dispara «el arco contra los que nada tienen; pero sí contra la caravana en que viajan los ricos.» En segundo lugar es preciso echar mano de los réditos que proporciona el dinero, mas no disipar el capital; y el que no se contente con dichos réditos, no tardará en ver que se levanta de los escombros de su riqueza el polvo de la destrucción. «Todo mar en que no entre nueva agua «concluye en breve por secarse; y si continuamente estraes tierra de un monte sin substituir «la porción que quitas, el monte acabará por enseñar el pie.»

«Todo el que gasta incesantemente sin haberse formado una renta, caerá en el precipicio de «la necesidad, como la desdichada rata que se «mató de pesadumbre.

«El hijo preguntó como habia ocurrido tal lance, y el padre le dijo:

«Cuentáse que un labrador habia almacenado en cierto parage de un granero una porción de grano; y á fin de sacar partido de su depósito en un apuro, se prohibió así mismo la entrada cerrando enteramente la puerta de uso.

«En la inmediación del granero vivia una rata tan codiciosa y voraz que era capaz de querer robar hasta el grano del monton que se ve en la

luna, y atrapar con la uña de la rapacidad la es-  
piga que forman las Pleyadas en los campos sembrados del cielo. Minaba la tierra sin cesar y en todas direcciones, royendo y cortando con un diente que hubiera roto el granito mas duro, cuando tropezó con su mina en el centro del monton de trigo, y brotaron los granos del techo de su vivienda, semejantes á una radiante estrella. Conoció que se realizaba en su favor aquella promesa del Alcoran, *Vuestra comida está en el cielo* y que la máxima de *Buscad vuestro alimento en las profundidades de la tierra*, tampoco se desmentia.

«Dió al pronto gracias por el beneficio que se le deparaba, como compete á la gratitud; pero en un estado en que de nada carecia con el hallazgo de aquella preciosa pedrería, no tardó en manifestar todo el orgullo de Karoun y las pretensiones de Faraon. (Karoun es el *Coré* del antiguo testamento desfigurado en el Alcoran, que le retrata como dueño de inmensos tesoros; es el Creso de los orientales.)

«Al momento los ratones de los contornos, informados del suceso se ciñeron en obsequio de la rata la banda de la servidumbre y dependencia. «Muchos de los falsos amigos que tú ves son las moscas que rodean á una confitura» y estos amigos de regalos, y compañeros de botella se le agregaron ansiosamente. Echaron como se acostumbra los cimientos de la adulación, y solo abrian la boca para elogiarla, aprobar cuanto decia y hacia, y desecharla todo género de prosperidades. La rata por su parte, hecha una loca, daba rienda suelta al idioma de la soberbia y presunción, y creyendo que el grano duraria siempre, estendia hácia sus amigos los dedos de la prodigalidad, sin que la idea del día siguiente la distragese de las ilusiones del que gozaba «Jóven copero, bebamos hoy, ¿quién está seguro del día de mañana?» (Hafiz.)

«Mientras que en tan cómoda soledad se entregaban los ratones al placer, la violencia de la hambre y carestía cojiendo á los habitantes por los pies, habia dado con ellos en tierra.» Los hombres que no tenían otro deseo que el de ver un pan, «no veían otro sino el del disco del sol en los cielos.» La presuntuosa rata habia tendido la alfom-



bra de las delicias y de la opulencia, y nada sabia de la hambre que desolaba el país. Crecia la penuria, y el labrador sintió que su cuchillo penetraba ya hasta el hueso. Abrió el granero, y notando la merma considerable de sus granos, ecsaló de su abrasado corazon un frio suspiro, y diciendo á sí mismo: no es propio de un hombre sensato afligirse de un mal irreparable, trató de estraer de allí el grano que le quedaba. Entretanto la rata, acostumbrada á mirarse como dueña de la casa, dormia sosegadamente, y su servidumbre no percibió el ruido de los pies del labrador en sus idas y venidas. Pero una rata mas avisada comprendió lo que pasaba, y trepando al techo vió por una rendija lo que hacia el labrador. Baja, lo participa á sus compañeras y se sale sin tardanza; las otras siguen su ejemplo y metiéndose cada una en su escondrijo, dejan sola á la pobre bienhechora. «Tos tus amigos lo eran por tus platos delicados, y un bocado era el que les movia á manifestarte cariño. Su amistad disminuyó con tus riquezas, y desearian tu desgracia si ésta les proporcionase algun provecho. El rompimiento con semejantes amigos vale mas que su amistad.»

«Cuando á la mañana siguiente levantó la rata su cabeza de las almohadas del reposo, buscó á derecha é izquierda y por delante y detrás de sí y no encontró á sus compañeras, y exclamó lamentándose. «No sé adonde se han ido los amigos que yo tenia ¿qué acontecimiento puede haberlos separado de mí?» Dicho esto, salió de su habitacion en su busca.

«Vió el extremo de la miseria y carestía entre los hombres y volvió sumamente agitada, y resuelta á conservar con el mayor cuidado sus provisiones; pero cuando llegó á su casa no halló rastro de grano. Entró en el granero y ni siquiera tuvo con que cenar una sola noche. Desfalleció con tal espectáculo, desgarró el vestido de su vida con las manos de la agitacion, y sacudió de tal manera contra la tierra la dolorida cabeza que se la saltaron los sesos. Asi cayó por el funesto influjo de su prodigalidad en el precipicio de la miseria y de la muerte.

«La leccion que debe sacarse de esta fábula es la de cuanto importa igualar los gastos de cada

uno con sus ganancias: que conviene sacar partido del capital que se posee y procurar conservarle de modo que no padezca alteracion alguna el principio de la riqueza.»

## A Melida.

### Elegia.

Cuando al bondoso cielo agradecido  
El tiempo mas hermoso de la vida  
En el regazo fiel de mi querida  
Sin inquietud, sin ambicion pasaba;  
Crédulo imaginaba  
Que estado tan felice duraria:  
«Que importa pase el tiempo, le decia,  
¿Por qué temes sus alas inconstantes?  
¿Por qué sus desengaños y falsía?  
¿Cómo cesar de amar y ser amantes  
Los que gozaron tanto,  
Mezclando risas, confundiendo llanto?»

«Cuando ya mas avaro de ilusiones,  
La nieve en los cabellos esparcida,  
Amortigüe el ardor de las pasiones;  
El bullicio y el fausto despreciando  
De la corte brillante,  
Las amenas campiñas cultivando  
Que riega el Betis ó que besa Henares,  
Ni aun me recordaré del Manzanares.  
Entonces tu, Melida encantadora,  
Tu, mi amiga, mi hermana,  
De mi destino y de mi amor Señora,  
Me seguirás tambien; y cual la aurora,  
Tiñe de azul y gualda el horizonte  
Que velaba la noche,



Así los mustios árboles del monte,  
Y la marchita yerba de los prados,  
Por tu celeste aliento perfumados,  
Fronchosos descollando hasta las nubes,  
Libres de segur fiera,  
Se poblarán de mansos pajarillos  
Que alegren con sus trinos la ribera.

« Por las viñas saltando,  
Los racimos lustrosos  
Entre las verdes hojas divisando,  
De azahar y clavellina  
Tu eburnea sien ornada,  
Y tu graciosa boca purpurina  
Mansamente agitada,  
Mezclarás bella tu armonioso acento  
A los conciertos mágicos del viento.  
Y cuando de la tumba inevitable  
Se abra el seno sombrío,  
Que audaz reclame los despojos míos,  
En tus cándidos brazos estrechado,  
Con tu encendido lloro,  
Por tu divino labio acariciado,  
Veré escapar la vida mansamente  
Y terminar mi plácida fortuna,  
Cual resbala en los mares  
Un rayo fugitivo de la luna.»

Esto creí, ¡cuan inocente era!  
¡Qué esperanza tan loca, que quimera  
Abusaba mi ardiente fantasía!  
Mas constante la arena del desierto  
Resiste al huracán que la persigue  
Desde la costa arábica al mar muerto.  
Y nube trasparente que se mece  
En la abrasada Zona  
Y en medio de las noches resplandece  
Es, para el navegante rodeado  
De anchos mares en calma,  
Menos funesta, que el mirar airado  
De Melida imperiosa, ó que la artera  
Promesa de su boca lisongera.

Al menos el amante que recibe  
Duras ofensas del objeto amado,  
Y del alma desecha su traslado,

Y la venganza en nuevo amor escribe,  
Olvida su penar, enjuga el lloro:  
Pero mi suerte fiera  
Es adorar á Melida tirana  
Cual si ardiente á mi amor correspondiera

R. H. y S.



*Yago Yasch.*

(Véase el número anterior.)

## VII.

— Estaba V. distraído?

— Pensaba en esa poesía que sabe V. sentir con tanta energía, respondió Rafael. En efecto ¿qué cosa mas bella que la poesía de S. Juan, de Homero y de Calderon?

— ¡S. Juan! exclamó su compañero — ¡siempre me acuerdo del Evangelio como de una tierra de promision cerrada para mí! — y permaneció un momento sumergido en un abismo de pensamientos fatídicos.

Ocupaban los dos una mesa de la fonda del Comercio, sentados uno en frente de otro. — La



mesa estaba cubierta con las reliquias de un buen almuerzo.

—¡S. Juan! prosiguió Rafael continuando su primera idea, le arrebató á uno al cielo en una capa de fuego ó en un torrente de luz,—Homero, sobre un carro tirado por aves blancas ó mugeres hermosas;—Calderon en su pensamiento solo, que es su carro y su torrente de luz—él ha adoptado el mundo y sus pasiones, ¡sus pasiones!—¿qué piensa V. Jenaro?—mejor que el mundo diría el infierno, porque el mundo es un infierno apagado—en él no hay torrentes de luz, ni nubes de oro, pero si pasiones desordenadas, frentes maldecidas—¿eh? ¿qué cree V. Jenaro?—¡placeres emponzoñados y remordimientos de sangre!!—¿Será cierto Jenaro?

Llegó aquí espresándose con una energía y un calor tales, que no podía ocultarse al conocimiento de su compañero hasta que punto tan alto, Rafael, y lo que Rafael decía, eran una cosa misma.

Hizo en la frente dos arrugas profundas y formando ángulo en el entrecejo. Su boca tomó una latitud nerviosa, y sus ojos desencajados miraban sin ver, sin movimiento, como dos ojos de cristal. Su poco cabello se encrespó sobre su frente y por las sienes, y retorció sus manos convulsivamente—después de lo cual ambos permanecieron en silencio.

—Rafael, le hallo á V. hoy diferente de lo ordinario.

—Porque hoy he padecido mas que de ordinario, Jenaro.

—Ayer no nos vimos.

—¡Ayer empezó mi martirio!

—También yo soy desgraciado. Un fuerte apretón de manos puso á ambos en comunicacion de sus mas secretos pensamientos—pero la fuerza magnética se disipó, y volvieron á su estado de abatimiento mútuo.

—¡Imposible! exclamó Jenaro como distraído. Su máscara sí era siniestra y respiraba la paz fatídica de la muerte—todas las máscaras son lo mismo—y debajo de aquellas facciones siempre fantásticas, siempre en la misma armonía, siempre inmóviles, siempre risueñas, sin alteracion de color, sin contracciones, como cadáveres pintados con sangre, revueltos, desordenados y siem-

pre con su último gesto; hay toda clase de colores, facciones, sonrisas, gestos y contracciones!—Pero su mirada era inocente, y su seno virginal latía sobresaltado á los acentos del amor—su voz, ese órgano celestial de la pureza de su cuerpo, tenía un encanto para mí desconocido—tenía color, aroma, sabor, cuerpo,—y llegaba hasta mi corazón, y lo movía como una hoja que sacude el viento. La primera vez que respiré el mismo ambiente que pasaba por sus labios, que sentí llegar las inspiraciones de su alma virgen hasta la mía, que nos comunicamos misteriosamente por no sé que medio, sentía con horror sobre mi pecho el peso de un presentimiento de sangre y devastacion que mezclado á sus candorosas miradas, y á su estado de lágrimas y de abatimiento se me presentaba como un cuadro de la mas espantosa miseria. Mi pincel corría empapado en tintas de luz y dejaba un rastro negro y hediondo!!

Anoche la ví—pero me la robaron y no pude tan siquiera clavar una mirada de amor en sus pupilas.—Pero V. no sabe lo primero, voy á contárselo, añadió vivamente y pasándose la mano por la frente, prosiguió con calma:

«Perdió á su madre hará ya 2 años, espantosamente disfigurada en su lecho de muerte—la sangre corría por su frente y por su boca torcida en una convulsion.—Jamás he sabido el nombre de aquella muger.—Un incidente que recuerdo con terror me llevó á aquella habitacion funeraria—Un diestro jugador de manos hizo una suerte conmigo y me mandó mirar en su espejo—miré y creo que sentí los espeluzos del terror.

«¿No conoce V. á la que muere?» me dijo el empírico—No pude contener la risa al oír semejante despropósito.—«Siempre suelen ser ó el padre ó la madre» añadió uno de los espectadores: con todo, aquella vision me dejó una impresion que nunca he podido borrar.—Hablar de su padre á un huérfano desde la cuna es como preguntar al demonio por la felicidad de los santos que hay ahora en el cielo..... Salí de aquel parage, me informé de la casa donde había visto la moribunda, su lecho derribado, y el ángel arrodillado á sus pies: y corrí á ella.—Todo era allí silencio,



formidable terror y llanto — llanto, si! — la pobrecita lloraba!! ¡Ah! Rafael ¿no ha visto V. nunca llorar á una niña de 13 años? y á una niña arrodillada delante de su madre á quien está viendo morir — y no puede con sus tiernos brazos arrancársela á la muerte!! Aquella malhadada madre tenía profundamente grabadas en su rostro todas las señales de un desenfreno escandaloso; algunos pocos mechones de pelo apegotados hacía una de las sienes, daban á su cabeza el aspecto de una calavera preparada para dar un susto á un muchacho: ¡parecía que la muerte, en retribucion de los desordenados placeres de una vida errante, había querido presentarla al mundo en su última hora con toda la hediondez del pecado! — ¡Pero la pobre niña!!! ¿Qué delito podía pesar sobre su alma inocente para someterla á una prueba tan espantosa!!!»

El dolor arrancó á Jenaro un suspiro profundo, —enjugó dos lágrimas que corrieron por sus amarillentas mejillas con la mano temblorosa y pálida, y prosiguió:

«Pero en medio de aquella lúgubre antipatía entre la madre y la hija, adiviné que la desgraciada madre velaba sobre la pureza de la niña como un ángel de la guarda que cubre con sus palmas la cabeza de la creanza sometida á su amparo. — El día de que le estoy á V. hablando, ó por mejor decir aquella horrible noche, á un lado del lecho medio derribado habia unas vasijas con varias medicinas, y al otro estaba la niña llorando y empapando con su llanto la muselina de su vestido blanco, con el hermoso cabello tendido, los ojos clavados en el techo de aquella sepulcral alcoba, y las palmas unidas en actitud de orar con un rosario de gruesas cuentas en ellas — la encontraba yo mas hermosa y mas inocente que el sueño de un niño de 4 años — era el espíritu, el candor y la belleza como la pensaba Rafael — la armonía de Kresffler — el amor de Byron — la fantasía de Rembrandt.

Jamás conseguiré olvidar aquel juego que tan inesperadamente puso en movimiento los mas secretos resortes de mi ecsistencia — Las palabras del nigromántico resonaban en mis oídos todavía, y cuando volvía los ojos á aquella encantadora

sílfide creía ver una figura formada por el talento de los mejores artistas en acumulacion — era un ángel principiado por el Correggio, y terminado por Murillo. — Interrumpia á veces sus plegarias para cuidar de su madre — era la única que lo hacía — se la acercaba en silencio con los ojos llenos de lágrimas. Quise prestar algun auxilio á aquella familia desgraciada; pero la enferma lo rehusó con gestos tan espantosos que retrocedí horrorizado, y no tuve otro recurso que el contemplar inmóvil aquella escena desgarradora.

Entró sin saber por donde en la alcoba, un hombre vestido de abate, de rostro encarnado y sombrío, y mirar torcido — el color de sus facciones recortado y sin transparencia, en algunos parajes frio — en una palabra, debajo de aquel cútis tostado no parecía haber una gota de sangre. — La enferma arrojó al verlo un grito histérico, y dando un salto de convulsion quedó como muerta á un lado del lecho; pero acercóse á la cabecera el abate con la Biblia abierta en una mano y la otra estendida sobre el libro, y diciendo al oído de la muger algunas espresiones misteriosas acompañadas de gestos parecidos al bostezo, produjo en ella el efecto magnético y la hizo abrir los ojos. — La niña con las manos cruzadas sobre el pecho, estaba como paralizada, y cuando yo quise huir

— Dijiste que habíamos de morir juntos, dijo á la enferma el abate con infernal sonrisa. — Ella quiso incorporarse en el lecho — no pudo — miro-me desencajada, y me tendió los brazos. — Yo retrocedí acobardado. — Todavía no, prosiguió el abate, él tiene que hacer méritos por mí — y despues arrimándose á la niña — aun me queda tu hija, y tengo tres años de término, dijo pausadamente.

— Mi hija nó, nó, gritó furiosa la madre, incorporándose en el lecho — No pudo proseguir, sonó interiormente su pecho como una tabla rota, azuláronse sus ojos, esparciéndose por sus facciones un color acardenalado, tendió hácia la niña sus brazos desecados produciendo un ruido de dislocacion, y enseñando sus pupilas blancas como dos granizos... cayó de espaldas — y en la convulsion postrera lanzó un fuerte grito que resonó con una vibracion metálica. — Puso entonces el abate las



manos en la cabeza de la niña, y al tiempo que esta sollozaba y gritaba de dolor y de espanto sobre el cuerpo frío de la muerta — «ahora comienza en tí la virtud,» dijo él: y pasando la palma por las largas trenzas de Angela, produjo en ellas un resplandor azulado como el fósforo. — Salí de allí trastornado — sentí palpar mi corazón en los oídos, y un frío espeso entraba por mis párpados. —

— ¡Angela! murmuró Rafael, palidiciendo repentinamente.

— Sí ¡Angela! repitió asombrado Jenaro mirando de hito en hito á su amigo que con la frente sobre la palma de la mano se hallaba á punto de perder el sentido. — Sí, Angela, á quien amo con todo mi corazón, prosiguió con aire distraído — anoche la ví — quizá por la última vez!!

Rafael parecía una figura de pasta ó un maniquí preparado para una farsa — tal era el estado de su fisonomía, húmeda, recortada la barba, sin vida, sin color, sin pensamiento. — Un visionario hubiera dicho al verlos — son dos libertinos uno vivo y otro muerto, y emplazado el muerto para una orgía viene del otro mundo á cumplir su promesa. — Pero Rafael continuaba hablando distraído.

— «Aquella máscara singular se acercó á mí — y me dijo: á las doce y media la tendrás en casa como anoche — pasó ella entonces bailando una ligera galop — pero después!!... una equivocación fatal de dominó...»

— ¡Una equivocación de dominó! exclamó Rafael como despertando de un letargo — miráronse un instante con sorpresa.

— La cita era para mí.

— ¡La trenza de oro!! gritaron los dos á un tiempo y levantáronse de sus asientos.

— ¡Es mía! gritó frenético Jenaro.

— ¡Veamos! dijo Rafael con expresión diabólica tomando un cuchillo y haciendo á su rival señal para que le siguiera, veamos quien duerme mejor sobre la nieve!

— ¡Mía!! volvió á gritar Jenaro con terrífico acento.

— ¡De ninguno!! dijo una voz desconocida, fuerte como el huracán al revolverse en una nube — y una bolsa cayó sobre la mesa:

Y Jenaro sobre su asiento.

Contó Rafael el dinero con gesto irrisorio. En 60 escudos me la vendió por un mes — faltan cuatro escudos.

— ¡Maldición!! ¡dos noches tuya!! y dejó la fonda despavorido.

## VIII.

¡Así se vende un ángel!! — ¡por 60 escudos!! ¡ha caído ya del cielo!! exclamaba dolorosamente Jenaro sentado en su elegante habitación delante de un pequeño cuadro á medio concluir. Sus ojos estaban encendidos, pálidas sus facciones, y un puñado de cabellos en la mano fuertemente apretada. — Porque Jenaro era artista, y sentía como artista.

La paleta y los pinceles desparramados por el suelo, y un chafarrinazo dado con rabia en la tela, indicaban la ninguna superioridad de la pintura sobre su desesperación.

— ¡Nunca he podido hacer una madona! gritó lleno de despecho.

Murmuraba por intervalos algunos nombres con voz bronca y cascada — quería también pronunciar el de Angela, y gesticulaba como un demente sin poder pasar del primer sonido. Levantóse de su banqueta, hizola rodar de un puntapié un buen espacio sobre sus ruedas, se frotó las cavidades de los ojos con ambos puños hasta hacerles saltar lágrimas — y repetidas veces se llevaba las manos á la cabeza, y después de un prolongado quejido que parecía salir de sus entrañas, hacia un especie de risa mezclada de dolor como la de un niño antes de llorar.

Verdaderamente es lastimosa la situación de un hombre, que se siente repentinamente arrancado á los placeres de una dicha soñada para hundirse en una realidad espantosa.

Arrojó furioso el lápiz que tenía en la mano, y miró el puñado de cabellos que rodaba por el suelo con el aire que hacia su bata, con un gesto de compasión: y tomando en seguida un violín que descansaba todo empolvado sobre un pequeño estante de libros, abrió una portezuela disimulada en un rincón de su habitación, y se escondió en aquella especie de nicho; después de lo cual siguió un profundo silencio. Considere el



lector á este jóven, pintor-músico, incrustado en su nicho apenas iluminado por la pálida luz que por lo alto mandaba un reducido ventanillo, vestido con una negra bata cuyos pliegues parecían salir de la tierra, su cabeza rubia iluminada superiormente, clavados los ojos en el cielo como una alma del purgatorio en el momento de la inspiración divina, y teniendo en su mano el instrumento: inmóvil como un santo de escaparaté, y rodeado de esqueletos, momias, instrumentos de anatomía, retortas y otros objetos de alquimia no menos dignos de atención. — Una armadura de reluciente acero colgada á un lado de la puertezuela, aumentaba lo misterioso del cuadro. — Visto todo á la luz del crepúsculo de la tarde, el cerebro menos pensador y positivo se hubiera hecho de repente visionario: y creería ver el purgatorio en miniatura al reparar en aquellos gerglíficos infernales, al sentir aquel sabor á edad media y á encantamiento á pesar del polvo y de las cuantiosas telarañas que á guisa de arabescos colgaban por toda la antigua alacena.

( *La conclusion al número siguiente.* )

## Los Güelfos y los Gibelinos.

Célebres se han hecho en Italia por su ensangrentada lucha los partidos designados con estos nombres, y su origen asciende hasta principios del siglo decimo tercio, habiendo sido la Alemania el primer punto en que declararon su mútuo encarnizamiento. Los Güelfos y Gibelinos eran dos familias ilustres que se disputaban el trono imperial. El gefe de la primera era conocido con el nombre de *Gueibelinga* ó *Waiblinga*, castillo de la diócesis de Augsburgo en los montes de Hertfeld, de donde traía su origen dicha familia, y sus partidarios fueron llamados en adelante Gibelinos. La otra familia era oriunda de Altford; y como tuvo sucesivamente á su frente diferentes

príncipes del nombre del *Güelfo* ó *Welf*, se le designó, así como á sus banderizos, con el de Güelfos.

Habiendo tenido que sostener los Emperadores de la familia de los Gibelinos largas guerras contra la iglesia, hácia el año 1100, los Güelfos se declararon á favor de ésta; y desde entonces el nombre de Güelfos sirvió para designar á los partidarios de la iglesia, y el de Gibelino á los del Emperador. Como en Italia fué donde los Emperadores y los papas se atacaron, aquel país fué igualmente el teatro de la violenta lucha de estos dos partidos, teniéndola dividida durante cinco siglos. Generalmente los nobles seguían al Emperador, y las ciudades y repúblicas al Pontífice, es decir que el partido Güelfo era el de la libertad y unidad italiana. M. Sismondi escribió una voluminosa historia de las repúblicas de Italia en que detenidamente se refieren los sangrientos debates de Güelfos y Gibelinos, pero no merecen entero crédito las relaciones de este autor, que descendiente de una familia Gibelina no manifiesta la imparcialidad debida respecto á los Güelfos y á la iglesia, y se desentiende algunas veces de la política de los papas.

Los nombres de Güelfos y Gibelinos quedaron al fin en desuso hácia el siglo quince, época de la caída absoluta de las repúblicas italianas, en que una multitud de cortos reinos se erigieron sobre sus escombros, y en que los españoles y franceses hicieron á Italia el palenque de sus guerras, substituyendo la lucha de sus pasiones é intereses á la de los intereses y pasiones nacionales.





Acaba de descubrirse en la Alhambra de Granada, un salon subterráneo. Parece una mazmorra, igual en todo á las que se conocen ya; y probablemente del número de aquellas que estaban destinadas para depósito de alhajas, ó como dice el vulgo, para castigo de los esclavos cristianos que se resistían á renegar. Dicho subterráneo carece de adorno, ó particularidad desconocida, ó digna de notarse, por lo que sin detenernos á describirle, nos limitaremos á esta simple noticia: porque las de esta clase las creemos interesantes al estudio de antigüedades, ó como ahora se dice, de arqueología patria. No somos entusiastas de la antigüedad, hasta el punto de besar la tierra y ponernos debajo de la almohada pedacitos de mármol viejo; pero creemos que cualquiera por poco noble y bien formada que tenga el alma, no dejará de interesarse por estos objetos y por las reflexiones que pueden inspirar, cuando atentamente son observados: mucho mas los de aquel célebre edificio

Do están las salas manchadas  
De la mal vertida sangre  
De los no menos valientes  
Que gallardos Bencerrajes.



El Baron Taylor.-- Mr. Danzats.

El fecundo suelo de nuestra España, tan rico en antiguos tesoros de arqueología, tan poco conocido por sus hijos, y tan continua y cruelmente desgarrado por ellos, es de muchos años á esta parte obgeto de las profundas investigaciones de los sabios y artistas extranjeros. Merced á los tra-

bajos de estos hombres decididos, á su poderoso amor al arte, capaz de hacerles arrostrar las privaciones, las fatigas, los peligros de una *peregrinacion* á España, no perecerán enteramente las reliquias de nuestra pasada grandeza, los monumentos del antiguo genio creador de los españoles. Muchos de estos monumentos, merced á aquellos apóstoles de ilustracion, son ya conocidos en Europa; muchos no lo son todavía y lo irán siendo con el tiempo.... pero que se den prisa los que han de venir á reproducirlos con el lapiz, á describirlos con su pluma; que se den prisa, repetimos, porque al paso que lleva entre nosotros el *espíritu del siglo*, pudiera ser que los que vinieran á estudiar las grandes creaciones de nuestra cristiana arquitectura nacional, no hallaran en los sitios que aquellas ocuparon algun dia mas que sendos montones de ruinas, y ¡quiera Dios que no encuentren salpicados de sangre sus escombros!

Tantas veces lo hemos dicho que ya nos causa hastío el repetirlo; entre los arquitectos modernos, las disposiciones de las autoridades y el delirio popular, acabará la noble arquitectura española por reducirse á polvo; y con ella, y por los mismos trámites, irán desapareciendo todas las bellas artes, ó consumidas por falta de alimento, ó mutiladas por la fuerza brutal, ó restauradas por el *buen gusto* de los actuales ayuntamientos. Y cuando no quede en España ningun vestigio del arte antiguo, de las creencias antiguas, de la gloria y del saber antiguo, entonces seremos un gran pueblo, un pueblo civilizado, un pueblo como le hubiera hecho Voltaire; en fin, lo que se llama todo un pueblo.

En tanto, mientras llegamos á aquel grado de ideal sublimidad, todavía quedan admirables pruebas de que ha habido artes y genio en nuestra patria; y tal es el atractivo que estas ofrecen á todos, menos á los que las poseemos en nuestro pais, que á pesar de los facciosos del norte, de los ladrones del medio dia, de las guerrillas de levante, de las posadas de poniente, y de las mil y una razones que hay para mirar con cierto sobresalto juicioso un viaje á la península, no falta quien lo arrostra todo por venir á contemplar



nuestras santas catedrales, nuestros prodigios de la escultura, nuestros cuadros, nuestros alcázares y nuestros campos andaluces, y nuestro hermoso clima y nuestro cielo azul.

Así lo han hecho últimamente el Sr. Baron Taylor, célebre escritor y viajero francés, y su compatriota el joven y excelente pintor Mr. Dauzats, ambos llegados á Madrid en estos últimos dias. *El viaje pintoresco y romántico de la antigua Francia*, obra colosal en su género, es un grande título á la justa gloria de estos ilustrados extranjeros. El proyecto que ahora trae por cuarta vez al Baron Taylor á nuestro pais, es el de dar á conocer á su vuelta á Francia la mayor parte de las riquezas artísticas que tiene nuestra nacion, para lo cual viene acompañado del referido Mr. Dauzats, para que dibuje nuestros monumentos nacionales sobre el terreno y los reproduzca despues por medio de la litografía, y de un acreditado escultor que vacie los bajo-relieves y estatuas que los decoran. Este es el modo de hacer esta clase de obras: en grande.

La obra que se propone publicar en Paris el Sr. Baron Taylor, tendrá por título *Viage pintoresco á España*, y con sus numerosas láminas y con los textos que acompañarán á cada una de ellas, estamos seguros de que será la que mas contribuya á hacer conocer en Europa el verdadero caracter de las bellas artes españolas. El Baron Taylor no es un simple especulador político, un mero observador geógrafo ó un entusiasta novelista como la mayor parte de los autores que hasta ahora han escrito acerca de las cosas de España; el Baron Taylor es todo aquello y es además artista y poeta. Esto es decir que reúne todos los elementos necesarios para llevar á cabo dignamente el vasto plan de su obra; además, y sea dicho de paso, tenemos entendido que no ha perdonado gasto alguno para que sea enteramente digna de su autor y del ilustrado siglo XIX.

Los Sres. Taylor y Dauzats pasarán una breve temporada en Madrid, donde esperamos que el gobierno les facilite todos los medios de reunir el mayor número posible de datos para su importante obra, y continuarán luego su viaje á las provincias litorales del mediterráneo.

Al sentir y manifestar públicamente nuestros vivos deseos de que el mas brillante éxito corone los trabajos de estos ilustres extranjeros, lo hacemos no solo por un sentimiento de simpatía como artistas, mas tambien de gratitud como españoles.

Aunque vuestra alma sea mas ardiente que el cráter del mismo Etna, si teneis un padre, una madre, una esposa ó hijos, no teneis que temer las angustias el aburrimiento ó la displicencia. Los afectos son los que nos hacen gozar de la naturaleza, de la patria, y de los hombres que nos rodean... He aqui los verdaderos placeres de la vida, de los que nada nos puede distraer ni indemnizar.

NAPOLEON.

--En esta semana se ha puesto en escena la tragedia original de un ingenio de esta corte, titulada *García de Castilla ó el Triunfo del Amor Filial*.

Aun cuando no tuviera esta obra otra recomendación á nuestros ojos que la de ser *original*, seria ya un título á nuestro aprecio; pero no es esta por fortuna la única dote que en ella desarma nuestra crítica. Sabemos que es la primera produccion de un ingenio joven, conocido ya ventajosamente en esta capital por algunas composiciones poéticas muy notables; y este su primer ensayo dramático nos da derecho á esperar que en breve podremos con toda conciencia prodigar nuestros sinceros aplausos á sus triunfos escénicos. Mientras llega esta época y ¡ojalá sea muy pronto! ya que la justicia no nos permite tributarle por ahora grandes alabanzas, le ofrecemos en prueba de que le creemos muy digno de ellos, los estímulos á que siempre es acreedor el talento, aun cuando sus primeros pasos en una carrera, no sean otras tantas victorias.

ESTAMPAS.

D. José Rivelles. — Yago Yasck.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. — FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.